

ENTREVISTA

A CARLOS H. JORGE GARCÍA,
PSICOANALISTA.

Educar a los hijos es conducir fuera de...



Carlos H. Jorge García es psicólogo clínico y psicoanalista. También cofundador de la Asociación «Apertura. Estudio, investigación y transmisión del psicoanálisis» donde dicta cursos, seminarios y efectúa presentaciones clínicas.

Especialista en Sigmund Freud y Jacques Lacan, tiene numerosas publicaciones sobre el complejo de Edipo, la transferencia, la angustia, la depresión, trastornos de la alimentación y anorexia, los celos o la hipocondría, en cuanto a temática psicológica; pero también es autor de algunos libros de relatos y poesía como «Dinosaurios» o «Ficciones cotidianas».

Al mismo tiempo se halla interesado en cómo abordar los desórdenes en las familias contemporáneas y cuáles son los problemas cruciales para los padres de hoy, por lo que pareció interesante enfocar la entrevista centrándonos en el tema de las relaciones padres-hijos en la etapa adolescente.

Carlos, ¿por qué la adolescencia es una etapa especialmente conflictiva?

La adolescencia es como una estructura que se mueve, un territorio que se camina entre la infancia y la edad adulta. El adolescente no es un niño, lo que lo lleva a sufrir por esta pérdida y por los supuestos privilegios que conlleva; y tampoco es un adulto, cosa que quiere aparentar que es y que a la vez le produce un miedo atroz. Es simplemente un adolescente, está en el medio. Deja algo, la niñez, y se dirige hacia lo desconocido, ser un adulto. Este doble movimiento conforma el ojo del huracán de lo que solemos llamar la crisis de la adolescencia.

Pero ¿qué significa esta crisis?

Esta crisis es necesaria, aunque sea insoportable para algunos padres; otros, más advertidos, lo sobrellevan con cierta dignidad. Es una crisis necesaria porque ayuda a madurar y su

ausencia puede resultar patológica; también porque está ligada a una nueva cultura, a nuevas prácticas sociales, a una modificación de las funciones parentales, entre otras cosas.

En la adolescencia todo cambia para el joven, desde su cuerpo hasta las referencias en las que se apoyaba en ese momento. Las modificaciones fisiológicas, corporales y sexuales que sufren uno y otro sexo, producen un profundo impacto.

El adolescente es como un ciego al que trasladan de un piso a otro, lleno de cerámicas y objetos de cristal; le avisan de lo que hay, pero no lo ve. Es como un no vidente que se mueve en un espacio que ha cambiado, que le resulta desconocido, al que tiene que enfrentarse y no sabe cómo. En estas circunstancias se acentúan el interés exagerado hacia sí mismo y la visión de una imagen propia grandiosa y omnipotente lo que conforma la megalomanía que los caracteriza.

¿Y qué le suponen estas sensaciones?

Las nuevas sensaciones y experiencias que le van permitiendo la apropiación de ese nuevo cuerpo, el cuerpo adolescente, hacen que les demuestre a los padres, especialmente a la madre, que este nuevo cuerpo ya no es de su propiedad, que solo le pertenece a él o ella. Por eso la forma de vestir, los tatuajes, los *piercing*... expresan: «este cuerpo es mío y hago con él lo que quiero».

Esta originalidad presenta una cara individual que se caracteriza por una afirmación de sí mismos, por un gusto a la soledad, al secreto, a la vestimenta excéntrica, a los comportamientos, a la forma de hablar y de escribir también singular: mensajes de los móviles, el chat por internet y la permanente creación de palabras que sustituyen a algunas que los adultos aburridamente utilizamos una y otra vez. La que más me ha gustado es la que le escuché a un paciente adolescente: «no me gratines» por –me imagino– no me rayes, no me fastidies.

La cara social está particularizada por la rebelión en contra de los valores e ideas recibidas por los adultos que, dado el mundo que les hemos dejado, tampoco está tan mal. Pero las quejas principales son la falta de comprensión y que se atente contra su independencia, es decir, todo lo que sea vivido como peligroso en la afirmación de sí mismo.

En este proceso no todo son rosas y lo mencionado muchas veces actúa al revés. No se soporta el cambio, no se acepta el «juventud divino tesoro» ni los tatuajes, ni los *piercing*, ni la ropa de Mango, y un intenso sufrimiento inconsciente los conduce a conductas autodestructivas como los intentos de suicidio, la anorexia, la bulimia, los deportes de mucho riesgo, las toxicomanías, etc.

¿Por qué las particularidades conflictivas de la adolescencia afectan a la relación con los padres?

Una de las particularidades del adolescente es que –como decía– reclama con dureza su autonomía e individualidad, pero a la vez es profundamente dependiente de la estructura familiar, está internamente aferrado a la personalidad de los padres y esta ambivalencia explota en conflicto.

Lo digamos como lo digamos, lo miremos como lo miremos, la adolescencia es una época de ruptura, de desidealización y por tanto de relaciones conflictivas con los padres, que variará en el contexto de cada familia y en función de las relaciones que éstas establezcan con los hijos.

¿Pueden los padres comprender a los hijos adolescentes?

Para comprender al hijo adolescente, es necesario, imprescindible, que los padres se dejen desidealizar. Esto es muy duro, y supone un momento de angustia para ambos, padres e hijos, por eso algunos adolescentes en la consulta suelen decir que antes todo era más fácil, cuando creían que su padre era el mejor, o que era Superman.

Y la visión de los padres es: «no sé lo que le ha pasado, hasta los 14 o 15 años era un angelito y ahora todo es diferente. Antes era un poco gamberro, pero ahora ni nos habla» (tanto en el caso de los chicos como de las chicas).

El hijo adolescente pone a prueba muchos aspectos de los padres, su sexualidad, su relación de pareja, su narcisismo y sus propios duelos: en una palabra, el paso del tiempo. Si ellos crecen es porque nosotros envejecemos, y si envejecemos nos aproximamos a la muerte, no hay otra fórmula que podamos negociar.

Tanto los adolescentes llamados «problemáticos» como los llamados «normales» muestran insatisfacción respecto a sus padres: los encuentran demasiado severos, o demasiado poco severos, demasiado inaccesibles o agobiantes. Tienen durante largo tiempo un comportamiento incoherente e incomprensible para un adulto. Aman a sus padres o los odian, se revelan pero dependen de ellos. Se avergüenzan de la madre o del padre, o de los dos a la vez, delante de los compañeros, pero a la vez desean hablarles con franqueza y tenerlos como amigos. Esto suele producir un sentimiento de impotencia en los padres que no saben para dónde tirar y algunas veces consultan porque no saben qué hacer.

¿Y es lógico no saber qué hacer?

Los padres se enfrentan bruscamente a un cambio en la relación de niño-padres a una relación de adultos con un adulto que no lo es.

Se encuentran de pronto con que han perdido un lugar de privilegio con su hijo adolescente, que ya no son un modelo a seguir, sino todo lo contrario. Que los deseos e ideales proyectados en el hijo o hija no son compartidos ni aceptados, por ejemplo, a nivel escolar o profesional.

Ven que tienen que renunciar, al menos en parte, al proyecto de futuro que tenían para su hijo y no es simple ni fácil elaborar la pérdida que esto produce, y tolerar que busque fuera sus placeres, sus confidentes, sus consejos e ideales; y menos todavía que lo que dicen los otros, los colegas, tenga más importancia que lo que dicen los padres.

Si aparecen dificultades para elaborar estas pérdidas –y aparecen– puede manifestarse, por parte de los padres, críticas, temores o agresividad hacia las elecciones que efectúe el hijo ya sea de compañeros o compañeras, de novios o novias, de grupos, de ideología política o de equipo de fútbol.

¿Qué necesitamos para poder entender a los hijos adolescentes?

Para poder entender a los hijos adolescentes es necesario, entre otras cosas, que los padres recuerden su propia adolescencia, de lo que suele haber una amnesia generalizada.

También poder escucharlos, no sólo oírlos, escucharlos de verdad, lo que no quiere decir que debemos perder nuestros puntos de referencia. Escuchar con respeto lo que cuentan, sea lo que sea, porque cuando se deciden a hacerlo, en ese momento es lo más importante de sus vidas.

No podemos imponer lo que pensamos a golpe de «las cosas son como yo las digo» o «qué sabrás tú, niñato» o «soy tu padre y sé lo que es la vida» o visiones por el estilo, porque esto sólo produce una profunda sordera por parte del hijo y un alejamiento de lo que se espera de él.

Tenemos que tener en cuenta que hay dos crisis: la del adolescente que tiene que elaborar el duelo de la infancia que pierde; y la de los padres, que deben elaborar el duelo del niño que pierden y tolerar que ese niño que han traído al mundo, los cuestione, los desvalorice, sea diferente de ellos, o no sea lo que esperaban que fuera.

¿Qué significa educar a los hijos?

Cuando hablamos de educar a los hijos, hay que tener en cuenta que la educación es un camino hacia la separación. Educar literalmente supone conducir fuera de. Ser padres es no hacer de los hijos una parte de uno, sino considerarlos como futuros adultos y la dificultad se halla en ese futuro, porque el adolescente también tiene necesidad de ser protegido, de ser contenido. Encontrar el equilibrio entre ese contener y ese separarse, es el difícil trabajo psíquico de los padres.

El adolescente difícilmente podrá salir de su crisis si no hay puntos de acuerdo con el camino que deben recorrer los padres.

MARÍA JESÚS NADAL NADAL: Periodista.

Más información: <http://www.carloshjorge.com>